

César Ferreira / Ismael P. Márquez

Editores



## Capítulo 14

# LOS MUNDOS DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Nuevos textos críticos



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ / FONDO EDITORIAL 2004

*Los mundos de Alfredo Bryce Echenique (nuevos textos críticos)*

Primera edición: setiembre 1994

Segunda edición: enero 2004

Tiraje: 500 ejemplares

© 2004, César Ferreira e Ismael P. Márquez (editores)  
© 2004 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia  
Universidad Católica del Perú  
Plaza Francia N° 1164, Lima 1  
Teléfonos: 330-7410 - 330-7411  
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Erik Chiri  
Corrección de estilo: Alberto Ñiquen  
Cuidado de la edición: César Ferreira y Gerardo Castillo  
Asistente de edición del Fondo Editorial PUCP: Nelly Córdova

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

*Derechos reservados*

ISBN: 9972-42-579-7

Hecho el Depósito Legal N° 1501052003-3008

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## *Un mundo para Julius, un fastuoso vacío*

Miguel Gutiérrez

Desde que leí, hace ya algunos años, *Duque*, la poco conocida novela de José Diez-Canseco, consideré un verdadero escándalo el que nuestra narrativa no se hubiera arriesgado a incursionar en los vedados dominios de la vieja plutocracia criolla. Reflejar aquella clase de cuyo útero secularmente fecundo ha brotado esa variada casta de señorones que pueblan nuestra historia oficial (presidentes, militares, arzobispos y toda clase de doctores), para desgracia y tristeza de nuestro pueblo lo he sentido siempre como un reto al talento y la audacia de los narradores peruanos. Es verdad, hay algunos intentos, pero Ribeyro, por ejemplo, es excesivamente tímido o demasiado escéptico; el mencionado libro de Diez-Canseco no pasa de ser un curioso traspié, y la novela de Wagner de Reyna, *Como todo en la tierra*, es lo suficientemente insignificante para que no se le tome aquí en consideración. Por eso, aparte de sus indudables méritos literarios, *Un mundo para Julius*, la novela de Alfredo Bryce Echenique, merece ser saludada por ser la primera incursión honorable de la novelística peruana en esta especie de licor de dudosa calidad que es la clase ociosa del Perú.

Con esa genialidad que tiene para decir en tono grave los lugares más comunes, Sábato ha escrito que la patria del hombre es la infancia. De primera intención, dijérase que el libro de Bryce Echenique es una fatigosa recreación del mito romántico del paraíso perdido y de la destrucción de los reinos de la inocencia. En realidad, *Un mundo para Julius* nos muestra el proceso de formación de la conciencia de un niño nacido en el seno de una vieja familia limeña, y la creciente perplejidad que tempranamente le produce el descubrimiento de la contradictoria variedad del mundo. Escrita en tercera persona, casi siempre desde la perspectiva de Julius, con frecuentes vocativos

dirigidos por el narrador a su personaje, Bryce Echenique emplea cerca de setecientas páginas para contarnos —linealmente con esporádicos saltos al futuro— los primeros once años de la vida de su héroe. De estructura sencilla, la novela está dividida en cinco partes, «El Palacio original», «El Colegio», «Country Club», «Los Grandes» y «Retorno», que constituyen estaciones de la biografía del pequeño Julius, verdaderos pasajes en su melancólico aprendizaje de la vida. Con un lenguaje plenamente funcional y naturalista, Bryce Echenique nos sumerge sin esfuerzo —prueba de sus excelentes dotes de narrador— en este mundo brillante, en este universo inaccesible para la mayoría de nuestra población, mundo *chic* al que nuestras pobres capas medias quisieran arribar, animadas por los pueriles esplendores de la novelista rosa y las alcahuetas crónicas de los gaceti-lleros de la vida social. Pero pasadas las primeras doscientas páginas, repuestos de la sorpresa que significa el develamiento de esta parte de nuestra realidad, el lector sospecha que nada realmente nuevo sucederá en las quinientas páginas restantes, porque ha comenzado a percibir que este es un mundo sin grandes conflictos y sin grandes pasiones —individuales o históricas—, y hacia el final tendrá el convencimiento de que el autor pudo continuar escribiendo indefinidamente hasta el momento en que, reincorporado al orden familiar, pasados sus posibles arrebatos juveniles, marcado tal vez por una melancolía y un escepticismo incurables, los viejos huesos de Julius desciendan a pudrirse en el antiguo mausoleo de los antepasados, saturado de historia y de vergüenza. Pero ateniéndonos a lo que nos cuenta Bryce Echenique no sabemos cuál será finalmente el destino de Julius, pero sí que la suya será una conciencia escindida, incapaz ya de aceptar plenamente el mundo que sus fundadores creyeron edificar para la eternidad. Como es de esperarse, Julius será precozmente señalado por la soledad y con ello, por otra parte, el autor rinde culto a este reiterado tópico de la literatura occidental de nuestro tiempo.

No son pocos los méritos del libro de Alfredo Bryce Echenique y yo solo me limitaré a comentar, aceptando el riesgo de ser injusto por unilateral, aquellos aspectos que están más cercanos a mis propios intereses literarios. Sin tener mucha conciencia de ello, Julius —este niño mimado y sensible— asiste a la transformación del caduco sistema familiar. Simbolizado por el Palacio, los cuadros coloniales, las viejas armaduras y la vetusta carroza de los virreyes, este mundo —junto con el recuerdo de la hermana muerta— constituirá para Julius el tiempo feliz de la inocencia.

La muerte del padre no significa ciertamente el colapso económico de la familia ni una gran tragedia, sino el discreto relevo de este mundo noble, patriarcal, heráldico —en el que como en la antigua estirpe romana, y como en la novela de Proust, la servidumbre es parte del patrimonio del clan y donde los privilegios de la primogenitura distan de haber sido abolidos— por un mundo menos bello quizá, pero más reluciente, más práctico, más de acuerdo con las exigencias de la sociedad moderna. Juan Lucas, el segundo marido de Susan, la madre de Julius, será el intruso, el elemento perturbador ante quien caerá rendida la admiración de los hijos, como antes cayera el corazón de Susan, la madre. Solo Julius, el menor, resistirá el asedio avasallante de Juan Lucas, y así su conciencia se convierte en el baluarte del antiguo linaje. Debido al punto de vista elegido por el narrador, poco sabemos de la historia de Juan Lucas, este personaje deslumbrante, don Juan otoñal y golfista empedernido. Sin embargo, con los datos proporcionados el lector no tendrá dificultad para ubicarlo en una de las capas de la clase ociosa peruana. No es, por cierto, un advenedizo; pero para Juan Lucas, además de la sangre y el pasado cuentan otros valores menos sublimes y más concretos, como es el dinero. Por eso la primera decisión que adopta tras sus esponsales con Susan será la de abandonar el solariego Palacio, trasladar la familia al Country Club y dar de baja a la tradicional servidumbre. En su nueva residencia, elegante, moderna y funcional, las relaciones con la servidumbre serán objetivas e impersonales, como pretenden serlo las de un empresario con la mano de obra asalariada. Susan, tan aristocrática que siente debilidad por ciertos crepúsculos londinenses, que no puede resistir el inglés de los cowboys norteamericanos, se resigna finalmente, ante el influjo rendidor de Juan Lucas, a enviar a Estados Unidos a su primogénito, en donde bajo el amparo de la familia de Lester Lang III, culminará sin remordimiento la venta de su conciencia. A medida que pasan las páginas al lector no le cabe duda de que Juan Lucas es el representante de esa nueva burguesía intermediaria; ese espécimen de los grandes negocios y peculados que entregó el país, desde el gobierno de Leguía, al dominio del capital financiero yanqui. Entre tanto transcurre la loca vida feliz de Juan Lucas, entre partidas de golf, viajes, aperitivos y, para estar de acuerdo con su afición taurina, qué joder, ocasionales puestas de cuernos a Susan, linda, como gusta de llamarla, no sin cierta ironía el narrador.

Y este es el mundo al cual está destinado Julius, aquel que se halla en el vértice de la pirámide social; abajo, la masa amorfa, sin ros-

tro, de los trabajadores, mientras en sus escalones intermedios, borbotan aquellos seres restantes, infelices, capaces de soportar cualquier humillación con tal de ser admitidos en el exclusivo club de la gente ociosa. Precisamente, entre los mejores logros literarios de Bryce Echenique se encuentra toda una galería de personajes tránsfugas, arribistas y desclasados, pintados con trazos de nuestros mejores costumbristas, y con una distante ironía que el autor no debe solo a su talento, sino probablemente a su propia extracción social, y aunque anecdótico, no deja de tener interés señalar que el personaje tipo Zavala, Cuéllar, Alberto, presentado decorosamente por Vargas Llosa en sus novelas, es el personaje grotesco de Bryce Echenique; el sujeto *medio pelo*, desde la perspectiva de la exigente clase ociosa. El piponcito Lastarria, por ejemplo, sería totalmente dichoso si no cargara con la ostensible cruz de deber su fortuna al bien calculado brague-tazo a cierta Susan, la horrible; el joven arquitecto, plebeyo, no estaría del todo mal si no fuera demasiado evidente y tropical en sus requerimientos a Susan, la linda, su patrona; el torpe y melancólico abogado cuya razón de existir se justificaría modestamente si mereciera algo más que el indiferente desprecio de Susan, la tantas veces amada, admitidos hasta ciertos límites en el auténtico mundo *chic*, todos estos personajes de conciencia vergonzante, vivirán permanentemente inseguros de sí mismos, hermanados por la común y secreta angustia, como lo reitera el autor, de andarla cagando a cada paso. Frente a estas figuras, el autor nos presenta a los descendientes empobrecidos de las grandes familias, aquellos que sobreviven estoicamente sirviendo a su clase desde los oscuros campos de la política y el espíritu. El retrato que nos ofrece Bryce Echenique del Premier es solamente correcto; pero la pintura del Historiador —el célibe genealogista de las elites del poder peruano, seboso, malediciente, histérico y femenino— resulta verdaderamente notable. La visión del clero es amable, condescendiente, mojigata y, en fin, mediocre. Sorprende en cambio, el marginamiento, la exclusión, el confinamiento de la novela, como diría David Viñas, de los *hombres de a caballo*; cierto marcial *taconeó de botas*, cierto *fulgor de charreteras*, eran necesarios para cerrar bizarramente el desfile de los personajes. Y no cabe duda que semejante extrañamiento priva al lector de un espectáculo edificante; yo mismo, debo confesar, no he dejado de sentirme un poco defraudado, un poco molesto, casi estafado, por este olvido de Bryce Echenique autor que, al parecer, no carece de virtudes cívicas.

Como se ve, el destino de Julius, este niño mimado por la fortuna, no deja de ser envidiable. Pero Julius es un aguafiestas. En su

casa prefiere la compañía de los sirvientes a la de sus padres y hermanos; en el colegio se convierte en defensor de un desclasado compañero, sucio y humillado; en el coso de Acho es el toro condenado a morir el que conquista su compasión; y, entrevistado durante la construcción de la nueva residencia, con sus juramentos, sus obscenidades y su brusquedad viril, el mundo de los obreros despierta en él una temerosa fascinación. Afortunadamente (por lo menos para mí) la novela concluye en momentos en que el muchacho, un poco pesadito ya, comienza a comprometer el afecto del lector porque, es más, no dudo que Julius, el pequeño gentilhombre obstinadamente vivaz, dechado de virtudes caballerescas y tempranamente triste, conquistará a más de un corazón bondadoso.

Y es aquí, a mi entender, donde residen las debilidades de la novela de Alfredo Bryce Echenique; cierta tendencia al melodrama, cierta concesión al esquema de la novelita rosa —soslayados ajustadamente por el humor y la ironía—, confieren a *Un mundo para Julius* la poco recomendable calificación en nuestras actuales circunstancias, de libro apto para todos. No se necesitan malos sentimientos para escribir una gran obra, pero me temo que el autor se ha mostrado intemperante en su afecto por Julius y su mundo. No me cabe duda de que lejos de merecer la proscripción de las bibliotecas de los Juan Lucas, la novela será incluso leída, en medio del ocio, por más de alguna (linda) Susan, y que encontrará entre las capas medias urbanas entusiastas lectores que se sentirán arrebatados —mientras dure la lectura— de sus mediocres existencias. Oficinistas, jubilados, pequeños rentistas, secretarías bilingües, jóvenes empresarios, modernos técnicos, párrocos con y sin sotana, funcionarios de la cultura, aspirantes al Club Nacional; toda la clase media emergente hallará apasionante la lectura de *Un mundo para Julius*. Al comienzo de estas notas decía que se necesitaba talento y audacia para abordar novelísticamente el mundo de las clases dominantes del Perú. Por esta vez, Bryce Echenique ha mostrado solo talento, incluso mucho talento; la carencia de una clara posición de clase, su ambigüedad, le han restado la audacia necesaria, la perspectiva adecuada para revelar e interpretar este mundo cuya vida refinada, cegadora, ha sido edificada con traiciones, latrocinios y opresión para nuestro pueblo. Intento, sin embargo, comprender al autor, y pienso que ha querido mantenerse fiel a la visión que un niño pueda tener de las cosas; que honestamente no ha querido violentar sus sentimientos y recuerdos, que ha sentido honradamente que el pasado pesa más que su rebeldía, que la Historia de los antepasados de Julius no es lo suficientemente funesta como para mere-

cer la denuncia. Sospecho que esta es una encrucijada en la vida misma de Alfredo Bryce Echenique cuya solución compromete su futuro de escritor. Entre tanto, los reparos que hago a su libro, que parten del reconocimiento previo de su talento, prueban mejor que cualquier elogio incondicional, la importancia que su obra puede alcanzar en el desarrollo de nuestra novela.

[*Narración 2* (1991): 24-29]